

II

LA TOMA DE GRANADITAS

Guanajuato era en la época colonial un centro de riqueza, importantísimo; depósito de infinidad de elementos vitales para todas las poblaciones que la circundaban aun para la misma capital de la colonia; opulenta ciudad muy orgullosa con sus célebres minas de plata, que se enlazaban por entre los cerros abruptos, bajo tierra allá en el fondo de las rocas argentíferas, uniendo sus veneros de inagotable prosperidad... Guanajuato era entonces una feliz Cipango, llena de vida y trabajo, poblada por setenta mil habitantes entre los que había ricos propietarios territoriales, opulentos mineros y comerciantes enriquecidos.

¡Va á ser asaltada por enormes chusmas de devastación y muerte! Inmenso pánico introduce la funesta nueva en aquella población, de suyo tan pacífica y tranquila, donde se respetaba desde hacía siglos al Gobierno virreinal.

Desde el día 18 supo el Intendente Riaño la marcha rápida y prestigiosa de Hidalgo, y comprendiendo el valiente y digno militar lo que significaba semejante

alzamiento, adivinó que la intención del nuevo caudillo sería caer sobre Guanajuato.

Entonces observa, medita, manda espías y avanzadas para mejorar sus informes, y cuando no le queda duda alguna, se resuelve á defenderse valientemente hasta la muerte.

Ordena tocar *Generala*, convoca al Ayuntamiento, invita á los principales vecinos españoles y criollos acaudalados — muy raros éstos — á reunirse para resolver lo más conducente á la defensa de la ciudad, en tanto que al pueblo, — mineros, arrieros, comerciantes en pequeño y artesanos, — se le arenga para que resista á los enemigos del Rey, de la Religión y del Orden.

Riaño con entereza manifiesta su resolución heroica de resistir, advirtiendo, como lo hizo, que enviaba correos al Virrey Venegas, á Félix Calleja, jefe de las armas realistas en San Luis y al presidente de la Audiencia de Guadalajara, manifestando lo alarmante de la situación de Guanajuato, expuesta á las hordas del cura de Dolores, urgiendo auxilios para batirlas.

Poco ó nada se resolvió, en suma, en aquellas reuniones, en las que dominaba á la mayoría de los concurrentes — ricos hacendados y opulentos mineros y comerciantes — un inmenso pavor, por temer por sus riquezas y sus personas...

Hubo un digno militar, — el mayor del Batallón Provincial, Don Diego Barzábal, — que protestó y siguió protestando siempre hasta morir, contra la rendición de la plaza á los enemigos.

¡Era un militar filiado con honor en las banderas que había jurado defender — ¡no discutía! — y por ello no hizo sino cumplir con su juramento! Y tan cumplió ese bravo español que el día 28 murió en la *Alhóndiga*,

acribillado á balazos y hecho trizas á golpes, rojo de sangre, envolviéndose en las banderas de su Regimiento, fiel á su consigna y á la orden de su patria...

¡ Nosotros que amamos la nuestra, admiremos y consagremos la memoria de ese paladin de Granaditas, que, enemigo de los nuestros como Riaño, supo morir en su puesto!

Mientras Hidalgo, con sus veinticinco mil hombres, rodeaba la Sierra de Guanajuato, aclamado como un magno jefe, enriqueciendo la tesorería de su *Ejército*, llevando á cuestras de peones, hierro, acero, leños, yunques, forjas y carbón para fabricar pertrechos de guerra, sin plan militar fijo, es cierto, pero yendo hacia donde lo impelia la fatalidad de los acontecimientos, como un inspirado *Mahoma* de la religión de la patria, el correcto y noble Riaño se fortificaba sabiamente en la capital de la Provincia.

Primero intentó defender el perímetro de la plaza central, cerrando con trincheras y barricadas las bocacalles, aspillerando casas y reforzando paredes, en tanto que enviaba destacamentos hacia las barrancas, desfiladeros y cuestras de los alrededores, con la intención de librar combate á los insurgentes fuera de la población; pero noticias de última hora le hicieron saber que la fuerza de Hidalgo pasaba ya de veinte mil hombres. Entonces cambió de resolución y convino con el Ayuntamiento y notables de la ciudad en reconcentrarse con sus escasas fuerzas, los Archivos, los caudales reales y municipales, riquezas particulares de cuantía y los más respetables vecinos y empleados, en la Alhóndiga de Granaditas, — amplio y fuerte edificio, construído sólidamente por orden suya; anchos murallones y estrechas ventanas que le daban

semejanza entre los abruptos cerros, con un castillo pesado y monótono, por lo que el pueblo le llamaba *El Castillo*.

Rudos ataques y acres censuras se hicieron á semejante determinación y, en efecto, desde el punto de vista militar, ir á encerrar tesoros de armas, gente y dinero en un cubo de piedra dominado por alto cerro — el del Cuarto — era perderse sin poder siquiera combatir. Pero Riaño, que esperaba el pronto auxilio de Calleja, quien el día 24 escribía prometiéndole llegar inmediatamente, creyó sostenerse algunos días, confiado en el valor del Batallón Provincial y del Regimiento del Príncipe, y en los españoles armados que juraban defenderse hasta la muerte.

El pueblo miró sombrío aquellos preparativos, no sabiendo á punto fijo la causa de semejante consternación; pero pronto entre los mineros, especialmente los de la rica Valenciana, arengados por el Administrador Chowell, cundió la nueva de que eran gentes que peleaban contra la tiranía de los amos españoles, las que pronto llegarían á Guanajuato, lo que hizo que aumentase el recelo de Riaño y los demás jefes, para con la plebe.

El día 27 había hasta tres millones de pesos en la Alhóndiga; maíz, granos y otras especies en la trojes, así como todo lo que se creyó digno de salvarse del próximo naufragio, encerrándose el edificio entre las manzanas que lo circundan, por tres trincheras.

La puerta que da al Oriente se tapió con mampostería, quedando abierta la principal, rumbo al Norte. Se situaron en la azotea secciones del Batallón Provincial y de la fuerza de españoles, en observación; otras como reserva se situaron en el patio; en la puerta lo mejor

de la guardia con gente decidida á morir, — todos acan-
dalados españoles; — apostándose en las trincheras
tras los infantes, dispuestos á hacer fuego, algunos
jinetes del Regimiento del Príncipe mandados en aque-
l momento por Don Gilberto Riaño, hijo del intendente.

Total: seiscientos hombres, número reducido de con-
batientes, pero relativamente bien armados, brave-
mente dispuestos á vender caras sus vidas y sus caudales, bien
dirigidos y encerrados en una posición fuerte, si se tiene
en cuenta que no la iba á atacar un conjunto de tropas
regulares, sino una gran chusma sin fracciones cons-
tituidas, ni jefes subalternos, ni guías, ni armas... Bien
es que llevaban el aliento del genio iniciador de la
Gran Explosión libertadora!...

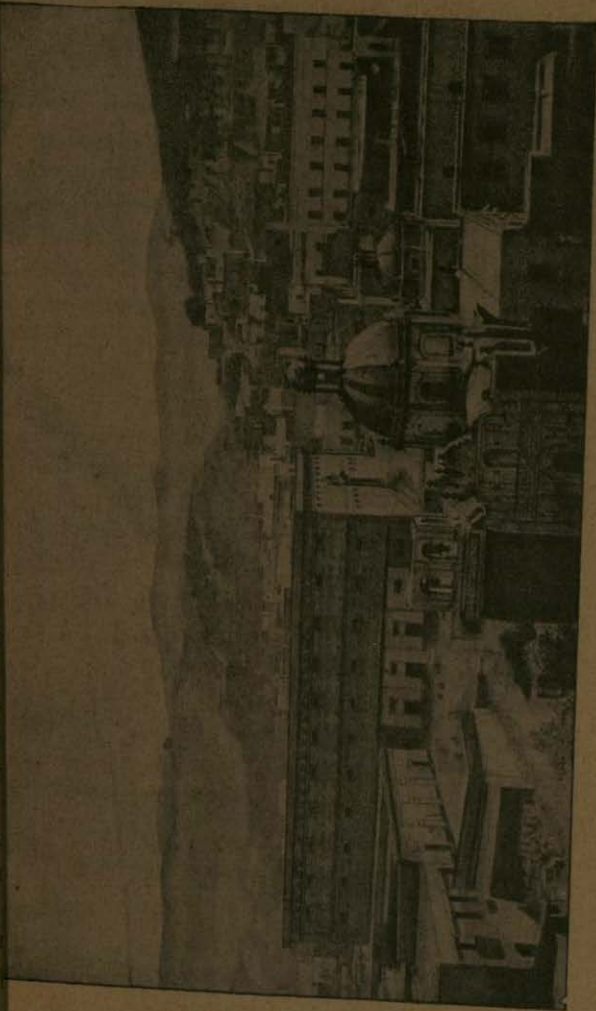
Esto no lo comprendían, ni se lo hubieran imagina-
do nunca, los defensores de Granaditas...

La intimación de Hidalgo á Riaño en la mañana
del día 28 es concisa y enérgica: declárase aquél Capitan
General de los ejércitos de América, por voluntad del
pueblo, aclamado delante de cincuenta mil personas en
Celaya; invitando á rendirse á los europeos fortificados
en la Alhóndiga; prometiéndoles toda clase de garantías.

El bravo intendente celebra consejo en la azotea del
edificio, y unánimes gritan todos los españoles, testi-
ficando al grito de su patriotismo:

— ¡ Moriremos antes de aceptar nuestra vergüenza!
Los soldados que mandaba el mayor Berzábal se des-
morzaron:

— ¡ Moriremos! ¡ Viva el Rey!



Vista de la Alhóndiga de Granaditas en Guanajuato.
Tomada por el lado del Sur, que es la parte posterior del edificio que mira á la calle de Bolem.

Hubo un entusiasmo tiernísimo entre aquellos hombres que no podían comprender que sus enemigos defendían una causa noble y justa, la misma que sostuvieron sus abuelos durante novecientos años allá en las montañas de la patria española, contra el moro invasor.

En apretadas masas y en gran desorden avanzaban las gentes del caudillo, serpenteando por la cañada de Marfil, la que se va ensanchando hasta convertirse en estrecho valle que desemboca en Guanajuato. Ya los cerros que cercan á la ciudad se habían coronado de millares de insurrectos... Hidalgo á caballo, marchaba tras del estandarte de la Virgen de Guadalupe que llevaba, altivo y ufano, un robusto indio... la música del Regimiento de Dragones de la Reina tocaba con estruendo y por todas las barrancas, cuevas, cerros y colinas truena una tempestad de gritos, silbidos, cantos de guerra, maldiciones y anatemas hacia el lejano cubo de piedra de la Alhóndiga que alojaba tantas riquezas y tantos próceres.

¡ Las venganzas y las santas cóleras estallaban; y lo mismo que en un minuto de 1789 en París, la hecatombe de las grandes y necesarias vindictas de los oprimidos anunciaba su explosión en amenazas trágicas para ir á abrebar su sed roja en los charcos del patio de la siniestra Alhóndiga!...

Cuando supo Hidalgo la tenaz resolución del Intendente Riaño, consultó de nuevo con Allende, Aldama y los demás jefes principales el definitivo plan de ataque. ¡ Vanas tentativas por querer triunfar como ejército sobre Granaditas!...

Se optó por concentrar la mayor parte de la gente apta en el cerro del Cuarto introduciendo en las casas á los más diestros tiradores, pues el cerro, como ya dijimos,

domina la Alhóndiga... desde allí debían molestar á los defensores de la azotea con piedras lanzadas con hondas y con buenos tiros de fusil.

La caballería debía cargar en masa sobre la trinchera de la hacienda de Dolores y Belem y por la cuesta Mendizábal para llamar la atención del enemigo.

La trinchera del río de la Cata que cubría la calle que es continuación de la fachada principal, — centro del reducto, — fué atacada también por masas gruesas que bajaban en verdaderos torrentes, sin formación, sin voces de mando, oyéndose tan sólo en los ámbitos los gritos de :

— ¡ Viva la Independencia! ¡ Viva nuestra Señora de Guadalupe! ¡ Muera el mal Gobierno!

Cuando estuvieron á tiro de fusil, los disciplinados soldados españoles, diestros en el tiro, y teniendo masas compactas ante sí, dispararon enfilando á la muchedumbre, sin errar bala alguna.

Rabia, desorden y principio de pánico produjeron en aquellas masas, que jamás habían visto el fuego de los combates, las primeras descargas.... Riaño, el hijo del Intendente, animaba á su tropa con sus vivas, en tanto que por las lomas que cercan el perímetro, Hidalgo cabalgaba gritando..

— ¡ Adentro, hijitos, adentro! ¡ Viva la Virgen de Guadalupe! ¡ Muera el mal Gobierno!

¡ Á Granaditas, muchachos, á Granaditas! ¡ Allí están!... y animaba á las turbas que cejaban ante las descargas, dejando cadáveres y heridos... ¿conque atravesarse á llegar al pie de las trincheras? Allende se multiplicaba y su pericia militar resolvió muchos conflictos.

Logró hacer que la gente no se expusiera en el ataque, indicando cómo debían marchar, aprovechando los accidentes de terreno, prescribiendo la calma y no la furia ciega y tonta que convierte, á veces, al temerario sin necesidad en un estúpido suicida, que hace perder á la patria una existencia que bien dirigida hubiera sido preciosa. Volvieron á la carga las masas que habían cejado... la avalancha se hizo irresistible y entonces el Intendente Riaño, que dirigía la contienda desde el patio y la azotea, subiendo y bajando, incansable, corrió á reforzar las trincheras en peligro de ser arrolladas, llevando veinte hombres hábiles del Regimiento del Principe, aumentando el número de los tiradores que hacen estragos en las filas. En el momento de regresar el valiente jefe de la Alhóndiga, al poner el pie en un peldaño de la entrada principal, recibe en un ojo certera bala, dirigida por un cabo insurgente del Regimiento de Celaya, situado en una ventana sobre la dominante loma del Cuarto... ¡Riaño expiró cuando más entusiasmo había en la Alhóndiga por su regreso, después de infundir valor y entereza en las trincheras, reforzándolas! ¡cayó de cara al enemigo como buen soldado, en su puesto, digno y épico!

¡ Culto á su memoria, — fué un valiente!

La muerte de Riaño causó un pavor terrible en los defensores... Hubo choques entre los principales españoles, muchos de ellos dispuestos á la capitulación, mientras otros optaban por morir bajo los escombros de la Alhóndiga, como el mayor Berzábal, quien tomó el mando en jefe; pero ya sus órdenes no se obedecieron... intentaba una enérgica salida á fuerza de metralla, entusiasmo, valor, y desesperación... ma-

ya de las trincheras volvían á todo correr, arrollados y diezmados los de los puestos avanzados, dejando aislado el de la hacienda de Dolores, cuyo capitán muere como un valiente lo mismo que todos los suyos, muchos de los cuales en su desesperación se arrojan á profundos pozos.

Riaño, hijo, entra á seguir la defensa, — furioso, anhelando vengar la muerte de su padre, — en el edificio desde cuyas azoteas hace certerísimo fuego sobre las chusmas que aullan y llenan el espacio con piedras, flechas y gritos, — sinfonia tremenda dominada por la lúgubre y seca nota de la fusilería española, que abría brechas de carne insurgente. Botes de metralla hechos con frascos de hierro, breña encendida, blocs de enormes piedras, plomo derretido, vigas y balas llovían desde las azoteas á las muchedumbres ensangrentadas, que chocan contra los muros de granito de la Alhóndiga, impulsadas por irresistible fuerza.

¡ Rabia fulgurante y frenética la de los defensores que se baten y encarnizan en el paroxismo de una desesperación inaudita!

¡ Y qué sorda y formidable cólera también impetuosisima y ciega, la de los que asaltan y se estrellan, sintiéndose abrir en feroces claras por el azogue, la pólvora, la metralla y el diluvio de piedras y vigas que bajan retumbando!

— ¡ Traigan barretas! ¡ Barretas! ¡ Barretas!.. ¡ Abajo la puerta! — gritan los mineros, temblando de ira al ver la carnicería y notar que el ferrado portón de la recia Alhóndiga resiste sonoramente á los golpes de ariete y á las rocas que entre veinte ó treinta arrojan contra el recio maderamen....

— ¡ Á poner barrenos! ¡ Á socavar los cimientos!

— ¡ Barrenos! Barrenos! — gritan unos.

— ¡ Á volar el castillo! — claman los presos que han salido de la cárcel, abierta desde un principio por las hordas.

— ¡ Barretas! ¡ Barretas! — rugen los mineros.

Y en tanto el clamoreo es espantoso y colosal; angustiada la gritería de los sitiados en la azotea que vomitan fuego, muerte, injurias, heroísmo y plomo mientras de abajo suben oleadas de piedras, flechas, espumarajos de rabia á cada estallido de un bote de metralla, de una roca ó de una enorme viga que precipita rebotando con retumbos de cataclismo abriendo cráneos y vientres en aquella densa masa humana!...

Y fué entonces un diablo de jovencuelo que trabajaba en la mina de Mellado, á quien llamaban *Pipila* el que dijo de repente, contestando á Hidalgo:

— ¡ Yo, Señor! — ¡ Yo, Señor Cura!...

— ¿ Cómo? — ¿ Tú?...

— Ahora verá su mercé... ¡ Brea y aceite!... ¡ Ocotes! ahora verá su mercé... Y cuenta la tradición y leyenda que el pilluelo aquel desapareció entre multitud y que momentos después, Hidalgo estupefacto veía cómo, corriéndose por los muros, encorvada la espalda, — cubierta por amplia losa donde rebotaban las balas, el plomo y las piedras que le arrojaban los sitiados, — y en una mano un ocote encendido, aproximaba *Pipila* á la puerta sobre cuyos batientes arrojó la brea y aceite prendiéndoles fuego.

¡ Ardíó el portón en unos cuantos minutos, y el humo que subió lamiendo las paredes hasta las azoteas, hizo comprender á los defensores, que llegaba la hora de la muerte!...

— ¡ Á morir matando!... ¡ Á morir matando! — rugían algunos españoles.

— ¡ Viva el Rey! — gritaban los valientes, haciendo fuego.

Otros arrojaban á la muchedumbre cajones de dinero en oro y plata, mientras los demás, aterrorizados, oraban de rodillas, demandando la absolución de sus pecados á los sacerdotes que allí se encontraban.

— ¡ Viva la Virgen de Guadalupe y viva la Independencia! — ¡ Muera el mal Gobierno! — ¡ Mueran los gachupines! — rúgían las hordas ebrias, delirantes de furor y ansia de exterminio... Una inaudita sed de venganza impulsaba á las masas. — ¡ Tres siglos de opresión reaccionaban inexorablemente sobre aquellos amos!

En el patio se trabó un combate atroz entre los últimos valientes que bajaron de la azotea á esperar á los enemigos y éstos que los embistieron locos de rabia por sus muertos...

El mayor Berzábal, que acaudillaba á un grupo de soldados de su regimiento, los formó en fila como un dique humano que fué arrollado trabando un combate horrible con una veintena de mineros y soldados insurgentes... los abanderados de su batallón cayeron muertos á su lado y el bravo jefe tomó entonces las banderas hechas pedazos y ensangrentadas, y envolviéndose con ellas, arrinconado en un ángulo del patio, murió épicamente!...

Luego fué la matanza sin misericordia, ni cuartel... Las turbas vengáronse, en una hora, de tres siglos de

afrenta y matanza á la sordina, de hambre... y de opresión! —¡ siniestras represalias de los esclavos triunfadores contra los amos vencidos!

Era un triste espectáculo imposible de evitar, que el caudillo de la Independencia contempló en el fondo de su alma generosa con infinita tristeza, pero aceptándola en toda su fatalidad.

¡ Era preciso!

¡ Oh si! aun desde el punto de vista militar, frío y terrible, tenía que ser tolerado aquel arranque, para herir en el corazón, en sus entrañas más ricas y palpitantes, al enemigo, debilitándole hasta que expirante cayera rendido ó muerto!

Y así fué... El saqueo de Guanajuato dejó exánime el corazón de la Provincia, sacudiendo con pavoroso estrépito el vetusto letargo de la dominación ibérica.

Por eso la toma de Granaditas es un martillazo rojo y fulgurante sobre el poder virreinal.

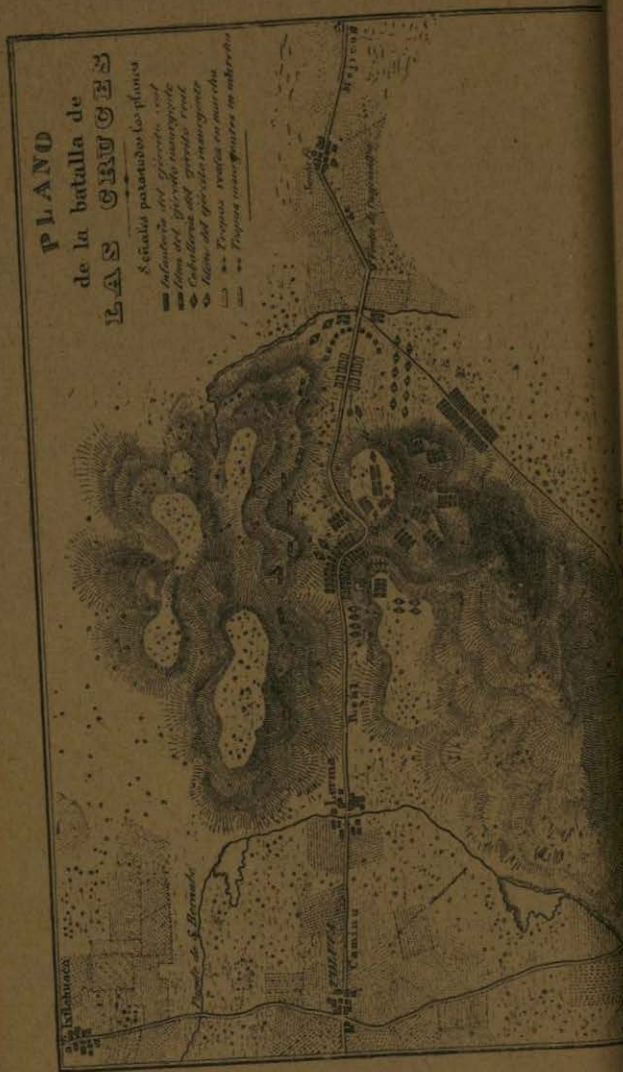
No es en realidad triunfo de un ejército, sino catástrofe, es el clismo fatal, reacción de las masas sufridas y explotadas.

Más de tres mil hombres costó la memorable jornada; pereciendo casi todos los defensores de la Alhóndiga, unos en el combate, otros asesinados por las turbas ebrias, y muchos buscando ellos mismos la muerte en el fondo de los pozos y de los barrancos, huyendo de la cólera del pueblo.

Á la hora del crepúsculo principió el saqueo de Guanajuato... las chusmas desenfrenadas recorren

calles y arrasan tiendas y casas de ricos españoles, con un frenesí de devastación pavoroso, en un huracán de locura furiosísima, incontenible, que duró tres días, hasta que Hidalgo y Allende lograron contenerla con severos y mortales castigos.





III

LA BATALLA DEL MONTE DE LAS CRUCES

El Virrey Don Francisco Javier Venegas, que acababa de llegar á la Nueva España, supo atónito que la *insig-*
ficante conjuración de Querétaro había estallado con tal impetu en Dolores, y tomado tales creces en San Miguel el Grande — donde dos compañías del regimiento de Dragones de la Reina se unieron á las casas de Hidalgo, con entusiasmo, formando compactas columnas que sorprendieran Celaya, amenazando Querétaro, — que tuvo que expedir proclamas tribundas y poner á precio las cabezas de los principales caudillos: Hidalgo, Aldama, el terrible Allende y Abasolo, ofreciendo por cada una de ellas diez mil pesos, distinciones y honores...

Nada más bárbaro é impolítico que semejante bando de la primera autoridad del reino, quien sancionaba el asesinato, la traición y todos los crímenes, pagándolos con honores, con tal de obtener esas *despreciadas y mentidas cabezas*, que venían á trastornar la paz y la quietud de tres siglos de dominación española.